

ERONGARICUARO. UNA FUNDACION FRANCISCANA DEL SIGLO XVI.

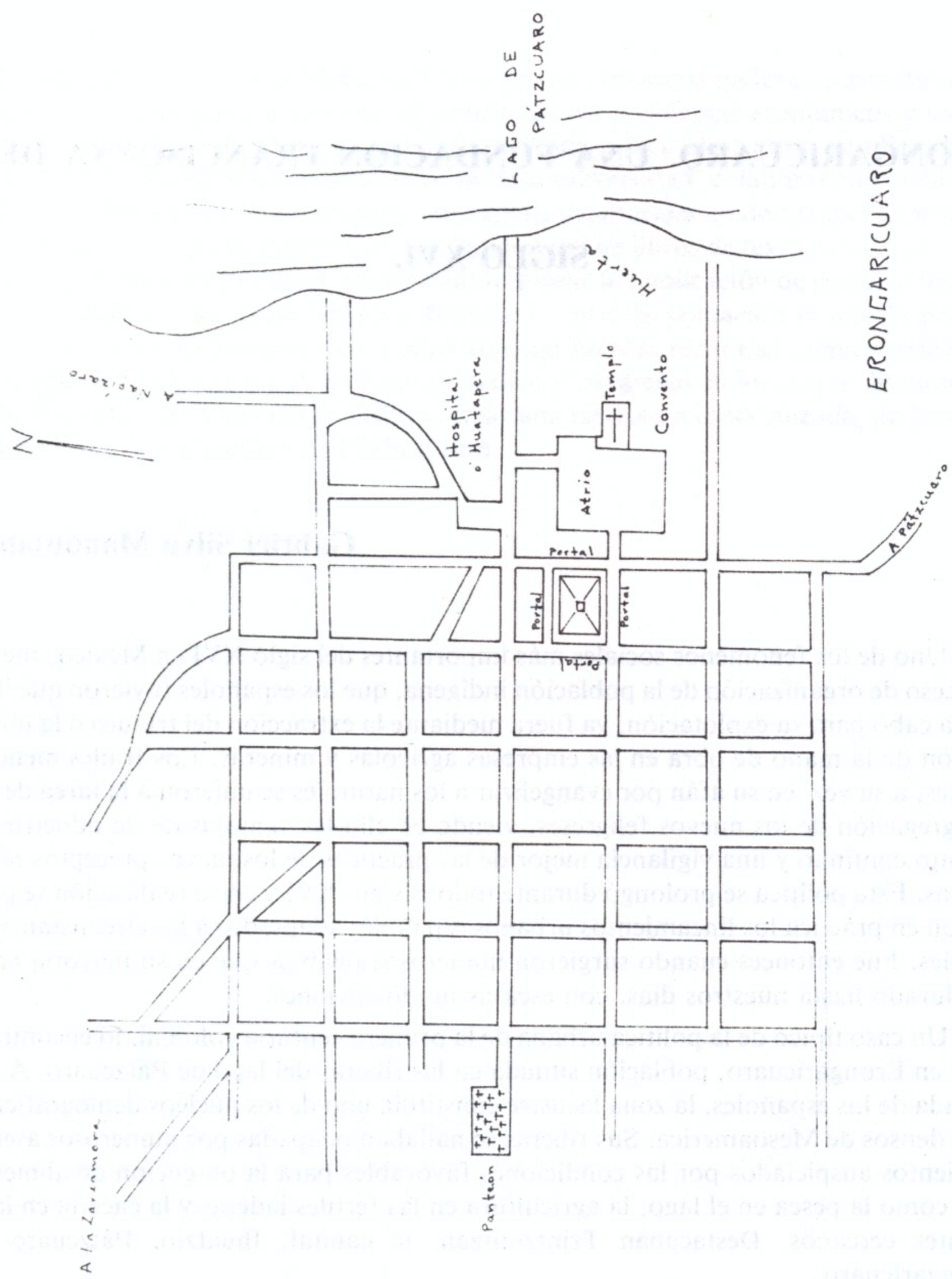
Gabriel Silva Mandujano

Uno de los fenómenos sociales más importantes del siglo XVI en México, fue el proceso de organización de la población indígena, que los españoles tuvieron que llevar a cabo para su explotación, ya fuera mediante la extracción del tributo o la utilización de la mano de obra en las empresas agrícolas y mineras. Los frailes mendicantes, a su vez, en su afán por evangelizar a los naturales se unieron a la tarea de la congregación de los nuevos feligreses, viendo en ello las ventajas de un adoctrinamiento continuo y una vigilancia mejor de las prácticas de los nuevos preceptos religiosos. Esta política se prolongó durante todo el siglo XVI y en su realización se pusieron en práctica los lineamientos urbanos españoles adaptados a las circunstancias locales. Fue entonces cuando surgieron numerosos pueblos que en su mayoría han perdurado hasta nuestros días, con escasas modificaciones.

Un caso típico de la política urbana de la primera centuria colonial, lo encontramos en Erongarícuaro, población situada en las riberas del lago de Pátzcuaro. A la llegada de los españoles, la zona lacustre constituía uno de los núcleos demográficos más densos de Mesoamérica. Sus riberas se hallaban ocupadas por numerosos asentamientos auspiciados por las condiciones favorables para la obtención de alimentos, como la pesca en el lago, la agricultura en las fértiles laderas y la cacería en los montes cercanos. Destacaban Tzintzuntzan, la capital, Ihuatzio, Pátzcuaro y Erongarícuaro.

Cuando el visitador Antonio de Carvajal, emisario de Cortés, se presentó en

ENSAYOS



1524, para inspeccionar la región y hacer un registro que serviría de base para la repartición futura de encomiendas entre los españoles, Erongarícuaro era el pueblo mayor y cabecera de la parte oeste del lago, con varios pueblos sujetos. Contaba entonces con un número aproximado de 40 casas o familias.¹ No es posible, por el momento, a falta de exploraciones arqueológicas, saber con precisión la manera en que se reunían las casas-habitación de una población purépecha. En la *Relación de Michoacán* se representaron algunos pueblos que parecen tener un patrón concentrado irregular unidos por caminos sinuosos, o distribuidas alrededor de plazas.² Lo que sí es seguro es que con la llegada de los españoles cambió el aspecto físico de los poblados.

La traza de Erongarícuaro y la construcción de sus principales edificios, como son la iglesia y el convento franciscano, provienen del siglo XVI. Si observamos las calles de la población, advertimos que éstas son en su mayoría rectas, tiradas a cordel, cruzándose en ángulo recto, para formar en su conjunto un gran cuadrado reticular regular, alterado sólo por algunas calles que señalan las entradas y salidas a otras poblaciones, como la que conduce al camino de Napízaro.

Este tipo de traza es característica de los pueblos coloniales mexicanos y americanos en general. Sus orígenes van más allá de nuestra era cristiana, cuando algunos arquitectos griegos como Hippodamus diseñaron una ciudad ideal que fuera lo más ordenada y agradable a la vista, y así trazaron ciudades como Mileto, Olintos o Pérgamo, entre otras. Posteriormente, siempre que se han creado poblaciones proyectadas de antemano, se ha vuelto a pensar en la traza reticular regular, en virtud de sus múltiples ventajas. Por ejemplo, la población presenta un aspecto ordenado que permite una mejor organización y vigilancia; para un futuro crecimiento, la retícula se puede ampliar por prolongación de las calles, conservándose la unidad urbana; ofrece también la facilidad para la dotación de lotes ya que se puede fraccionar perfectamente en rectángulos o cuadrados. Otra ventaja es la posibilidad de una defensa militar más eficiente, como lo demostraron los campamentos romanos de la antigüedad. En España, esta forma urbana se puso en práctica durante la guerra de Reconquista, cuando los cristianos retomaban las tierras a los moros y fundaban nuevas poblaciones como Villarreal, Almenara y Bribiesca; o cuando los campamentos de guerra establecidos frente a las ciudades sitiadas se convertían más tarde en poblados, como Santa Fe, campamento de los Reyes Católicos en el sitio de Granada.³

1. Warren, Benedict. *La conquista de Michoacán. 1521-1530*. Morelia, Fímax publicistas, 1977, p. 100-101.

2. Alcalá, Fray Jerónimo de. *Relación de Michoacán*. Morelia, Fímax Publicistas, 1980, lams. entre p. 240 y 241; Marcia Castro Leal. *Tzintzuntzan. Capital de los Tarascos*. Morelia, Gobierno del Estado de Michoacán, 1986, p.34, 39 y 63.

3. Chueca Goitia, Fernando. *Breve historia del urbanismo*. (10a. Ed.) Madrid, Alianza Editorial, 1985, p. 102, 105 y 107.

Así, en estas ciudades regulares del final de la Edad Media española está el esbozo de la gran tarea urbanística hispanoamericana, que llenó un continente de ciudades trazadas con rigor geométrico. En México, los ejemplos más representativos los tenemos en las ciudades de México, Oaxaca y Puebla, por mencionar algunas, y en nuestro caso, Erongarícuaro.

La urbanización de los pueblos indígenas, a la manera española estuvo en manos de las órdenes mendicantes.⁴ En 1547, los franciscanos se establecieron en Erongarícuaro y aunque la autorización para construir un convento no se efectuó hasta 1567⁵ lo más seguro es que desde la primera fecha se haya comenzado con la nueva urbanización del poblado.

Como era usual, se partía primero de un espacio abierto, la plaza, de forma rectangular o cuadrada. Alrededor de la plaza se disponían los edificios principales, con portales al frente para comodidad de los viandantes. Por un lado los comercios, por otro lado las Casas Reales, sede del gobierno civil, y en otro lado colindante la iglesia y el convento. A partir de la plaza principal se delineaban las calles, que debían seguir una trayectoria recta, hasta donde lo permitiera la topografía del lugar.

Los lotes se asignaban a los distintos habitantes según su categoría social: los terrenos frente a la plaza se otorgaban a la gente más importante como los españoles o los caciques; hacia la periferia se iban repartiendo a los habitantes comunes.⁶

La población se dividía en barrios, cada uno con su capilla cuyo santo titular daba nombre al barrio. Desafortunadamente, en Erongarícuaro han desaparecido estas capillas, quedando sólo el recuerdo de sus nombres: San Miguel, Santiago, La Ascensión y San Francisco. Al lado norte de la iglesia se estableció un hospital o huatopera, con su capilla dedicada a Nuestra Señora de la Concepción, como era costumbre. De ambos edificios permanecen hoy únicamente algunas ruinas.

En 1573, se dieron las Ordenanzas de Felipe II, para las poblaciones españolas, que establecían una serie de lineamientos para la fundación de nuevas ciudades; y en 1600 fueron ideados los estatutos para la urbanización de los pueblos indígenas. Dichas disposiciones fueron la expresión legislativa de las soluciones prácticas efectuadas desde varios años atrás por los colonos y mendicantes⁷

La traza de Erongarícuaro se hizo, probablemente, sobre el asentamiento indígena prehispánico, o muy cerca de él, lo que explicaría la irregularidad de algu-

4. Kubler, George. *Arquitectura mexicana del siglo XVI*. México, Fondo de Cultura Económica, 1983, p. 88-108.

5. Paredes M., Carlos. "El tributo indígena en la región del lago de Pátzcuaro", en *Michoacán en el siglo XVI*, Morelia, Fimax Publicistas, 1984, p. 85.

6. Kubler, G., *Op. Cit.*, p. 90.

7. *Ibidem*, p. 94 y 95.

nas calles, como las que conducen a los caminos de Napízaro y la Yerbabuena, y que quedaron insertos dentro de la cuadrícula. Se escogió la ladera ribereña, de suaves ondulaciones que permitió la traza regular y que domina con la vista estratégicamente al lago, por levantarse varios metros sobre el nivel de las aguas.

Los españoles fueron los primeros que comenzaron a construir sus casas con muros de adobe, techos de teja de barro y pisos de ladrillo. Sin embargo, la mayoría de las casas de Erongarícuaro, pertenecientes a indígenas, se cubrían con tejamanil, por lo que durante la época colonial Erongarícuaro ofrecía a lo lejos un aspecto semejante a algunas poblaciones actuales de la sierra, como Charapan.⁸

El estilo de casa que encontramos en Erongarícuaro es el conocido como “casa de patio”, cuyas habitaciones están distribuidas alrededor de un espacio abierto, con corredores en dos o tres de sus lados.

Dentro de la traza urbana se destinó un lugar relevante al convento y a la iglesia, edificios que, ciertamente, más fama han dado a Erongarícuaro, en virtud de sus magníficas cualidades arquitectónicas constructivas y ornamentales.

Los primeros franciscanos que llegaron a Michoacán en 1525, se establecieron en Tzintzuntzan y a partir de allí se desplazaron a los pueblos ribereños para la evangelización. En 1547, los frailes se asentaron en Erongarícuaro que se convirtió desde entonces en el bastión cristiano de la zona oeste del lago. Levantaron primero algunas habitaciones pobres techadas con paja, en las cuales llevaban una vida humilde y precaria. En 1552, intentaron construir un convento pero fueron detenidos por una cédula real expedida a instancias del obispo Vasco de Quiroga, quien dió como razón de la prohibición el hecho de que ya había dos monasterios de franciscanos, uno en Pátzcuaro y otro en Tzintzuntzan, por lo que —decía— no era necesario otro monasterio en Erongarícuaro.⁹

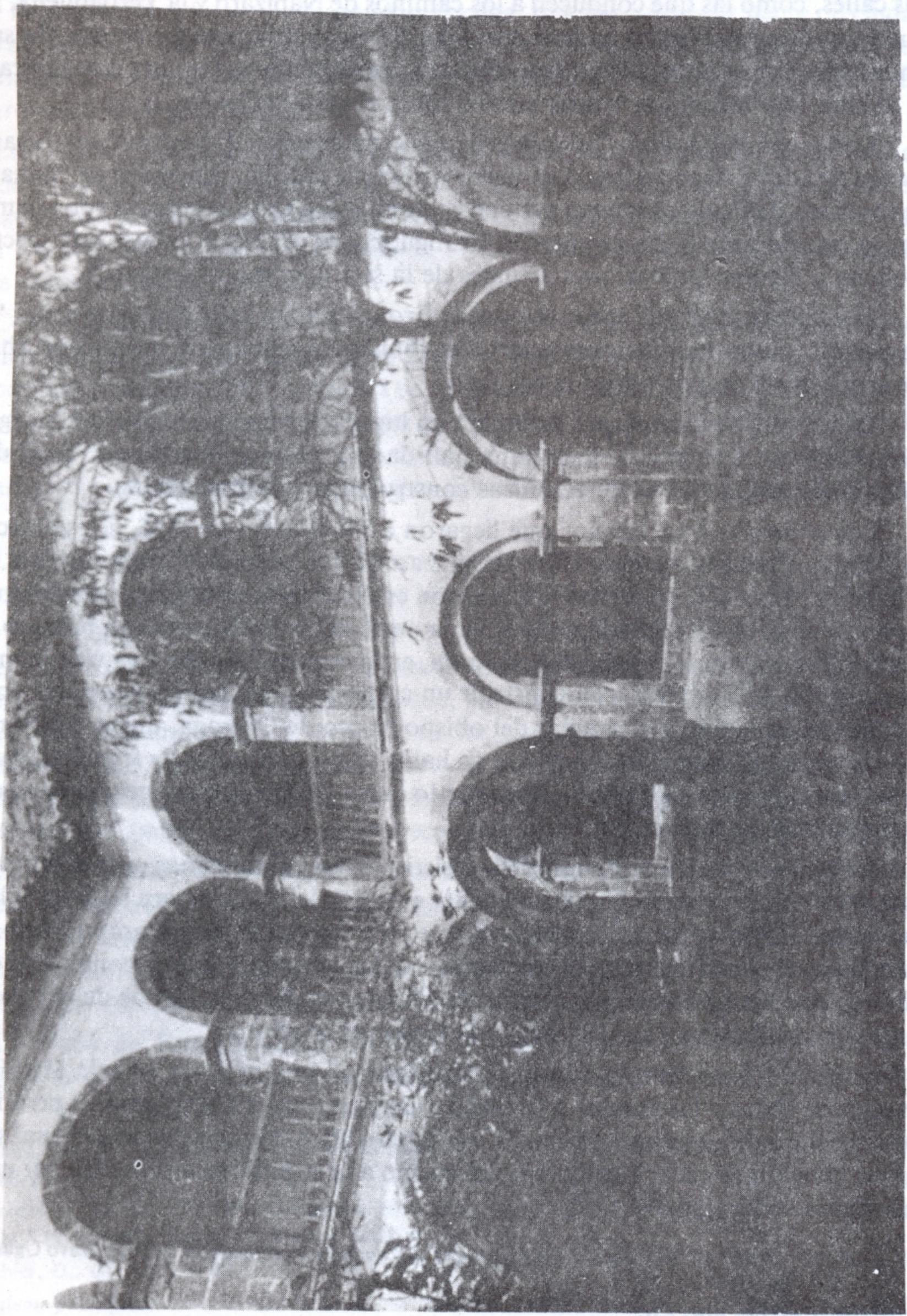
A la muerte de Quiroga, en 1565, insistieron los franciscanos ante el virrey Gastón Suárez de Peralta, quien les concedió, en 1567, la licencia para levantar iglesia y convento, dándoles permiso para sacar piedra y hacer cal. Se les proporcionó, además, mano de obra indígena de los pueblos comarcanos y fondos económicos de los tributos que los naturales pagaban a los oficiales reales para gastos de comunidad, cantidad que llegaba a los 180 pesos de tepuzque al año.

En 1576, el convento aún no se había terminado y el virrey Martín Henríquez, después de reducir los fondos a la mitad y de interrumpir brevemente el permiso de construcción, dió una nueva licencia por cuatro años, tiempo durante el cual se calculaba concluir la obra. En octubre del mismo año se pidió una prórroga por un año más, que se concedió.¹⁰

8. *Inspección Ocular en Michoacán. Regiones central y sudoeste*. Int. y notas de José Bravo Ugarte. México, Ed. Jus, 1960, p. 58.

9. Paredes, Carlos. *Loc. Cit.*

10. *Idem.*



Claustro

Cuando el padre Ponce, comisario de la orden franciscana, pasó por el lugar, en 1586, la iglesia ya estaba terminada, y al convento sólo le faltaba la cubierta de los corredores altos del claustro. La advocación del convento era de Nuestra Señora de la Asunción y moraban en él sólo dos religiosos.¹¹

Una vez terminado el convento, llegó a ser uno de los mejores de la provincia, según la apreciación del cronista La Rea del siglo XVII. Para el siglo siguiente, vivían en Erongarícuaro cuatro franciscanos.¹²

El autor anónimo de la *Inspección Ocular* de fines del siglo XVIII, nos describe la iglesia y el convento (que estaban ya bajo la dirección del clero secular): “a uno de los extremos del pueblo está la iglesia parroquial, que consta de una nave con entablados superior e inferior, paredes de piedra y lodo, torre de lo mismo embutida en la nave, debajo el bautisterio, coro alto con órgano descompuesto, pieza clara de sacristía, techo de teja y ocho altares formales con sus retablos aseados, pero de mala escultura. Anexas están las casas curales en necesidad de composición, y delante un cementerio capaz cercado con una tapia vieja con almenas”.¹³

A partir del siglo XIX, se hicieron muy pocas modificaciones. En realidad, el convento y la iglesia se han conservado casi íntegros desde el siglo XVI. La única modificación que ha sufrido, y que es de lamentarse, es la sustitución de retablos, de madera dorada, que fueron sustituidos por otros de cantera, de estilo neoclásico.

Erongarícuaro posee uno de los tres conventos principales de la zona lacustre. El convento de Tzintzuntzan, aun cuando es el más antiguo —se fundó en 1525— se tuvo que reconstruir después y el edificio que hoy podemos apreciar data de fines del siglo XVI. El de Pátzcuaro se construyó al mismo tiempo que el de Erongarícuaro, pues en una de sus portadas se lee la fecha 1577.¹⁴ Debido a esta contemporaneidad en las construcciones ambos edificios presentan algunas similitudes como el uso del alfiz en las portadas de las iglesias y los pilares de la portería; cabría entonces la posibilidad de la intervención del mismo arquitecto, atendiendo a la cercanía de las localidades y por tratarse de edificios de la misma orden religiosa, aunque también podría tratarse sólo de una influencia. Por desgracia no se sabe aún el nombre del autor en ningún caso, pero debieron ser personas peritas en su oficio por tratarse de obras de gran calidad.

Para la iglesia y el convento se escogió un terreno plano, al oriente de la plaza

11. Ciudad Real, Antonio de. *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España*, T. II, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1976, p. 80.

12. La Rea, Fray Alonso de. *Crónica de la Orden de N. Seráfico P.S. Francisco, Provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán en la Nueva España*, México, Ed. de “La Voz de México”, imp. de J.R. Barbedillo y G., 1882, p. 9.

13. *Inspección Ocular en Michoacán*, p. 59 y 60.

14. Ramírez Romero, Esperanza. *Catálogo de monumentos y sitios de la región lacustre, T.I. Pátzcuaro*. Morelia, Gobierno del Estado de Michoacán, Universidad Michoacana, 1986, p. 117.

principal y colindante con el lago. De esta manera se estableció un contacto directo con la población y se tuvo acceso al lago, como medio más fácil de comunicación y transporte con los demás pueblos ribereños.

Se siguió la orientación típica de la época ubicando el frente de la iglesia con vista hacia el poniente, hacia la población, con el convento en el lado sur, una extensa huerta en la parte posterior y un amplio atrio rectangular precediendo al conjunto.

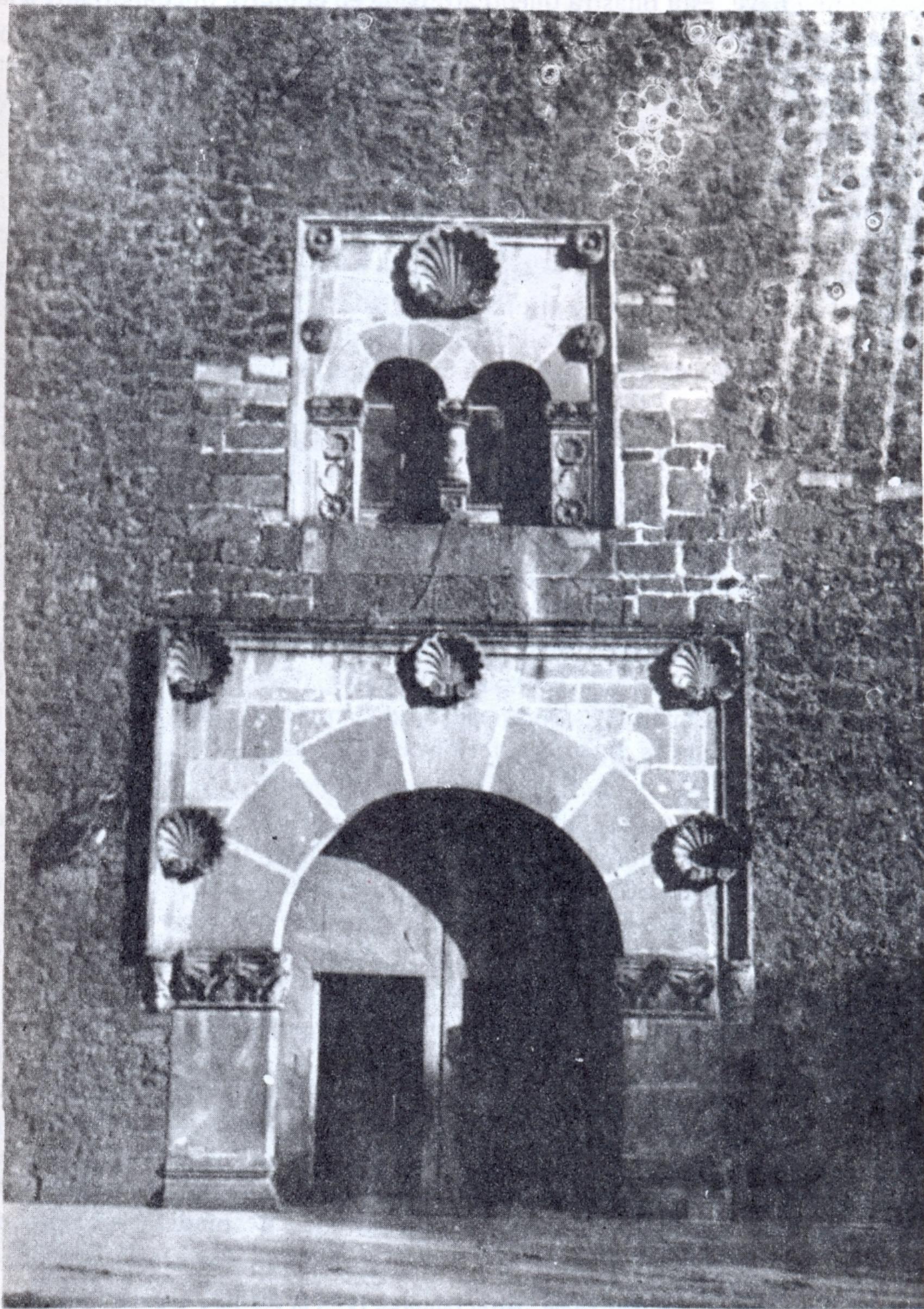
El claustro es de forma cuadrada, de dos plantas, con corredores delimitados por simétricos arcos de medio punto, con una sencilla moldura cuadrada, o a rebajo, en la arquivuelta. El entrepiso y la cubierta son de viguería con un tejado a dos aguas que se integrará al paisaje urbano donde predominan las rojas tejas de barro. En la planta baja se encuentran las habitaciones donde se hacía la vida comunitaria: el refectorio o comedor, la cocina y la sala de Profundis, donde a veces eran velados los religiosos muertos. En la planta alta estaban las celdas de los frailes y los dormitorios para viajeros. En las alas adyacentes al claustro se albergaban los servicios y las bodegas del convento; en la parte posterior se hallaba la extensa huerta hasta la ribera del lago.¹⁵

Lo peculiar de este convento es que no presenta las características constructivas de los conventos de la época. Generalmente, los que se encuentran en el centro del país son edificios masivos, de piedra, bastante altos, con numerosos contrafuertes, de tal manera que dan la impresión de fortalezas, como los casos más cercanos de Morelia y de Cuitzeo. El de Erongarícuaro, en cambio, es de proporciones más humanas. Su altura es moderada, no tiene masivos contrafuertes y sus dimensiones se acercan más a los de una casa habitación. Se advierte además la austeridad, muy a la usanza franciscana, la más pobre de las órdenes mendicantes.

Pero lo que más distingue al conjunto arquitectónico es la portada de la iglesia y la portería del convento, en donde podemos ver los rasgos del estilo plateresco, imperante en España al momento de la penetración española en México. En este caso se combinan elementos renacentistas, como las pilastras corintias, árabes como el alfiz, y góticos como los capiteles y molduras de la arquería. Sobresale la utilización de la concha como elemento decorativo principal, dominando en el alfiz de la ventana coral y sobre la entrada de la iglesia. Este elemento resulta de singular importancia pues se propagó hacia otros edificios de la región y así la encontramos en casi todos los templos circundantes, como en Puácuaro, Uricho, San Pedro Pareo, Tzintzuntzan, etc.

El primer antecedente en la región del uso de la concha lo encontramos en la Basílica de Pátzcuaro, en una pilastra coronada por una gran concha, que debía mirar originalmente hacia el presbiterio, donde confluían las cinco naves proyectadas por Vasco de Quiroga para su iglesia catedral. Cuando finalmente se decidió

15. Kubler, G. *Op. Cit.*, p. 396.



Portada de la iglesia

concluir sólo una nave, esta pilastra quedó atrapada en el muro, quedando hoy a la vista parcialmente. Sin embargo, durante algún tiempo, mientras vivió don Vasco y se siguió su proyecto, la pilastra estuvo expuesta a la vista de todos y debió ejercer una impresión duradera que trascendió después hacia Erongarícuaro y de ahí a la zona circundante.

La concha está relacionada simbólicamente con el bautismo y en este sentido tuvo su uso más frecuente entre los peregrinos españoles que asistían al santuario de Santiago de Compostela portando al cuello una conchita. En España se usó dentro del repertorio plateresco (Casa de las Conchas, en Salamanca; convento de San Esteban y hospital de Santa Cruz, en Toledo)¹⁶ y en la Nueva España se siguió representando durante los dos siglos siguientes dentro del estilo barroco. No obstante, fue en Michoacán y en la época de este estudio, en que adquirió mayor preponderancia.

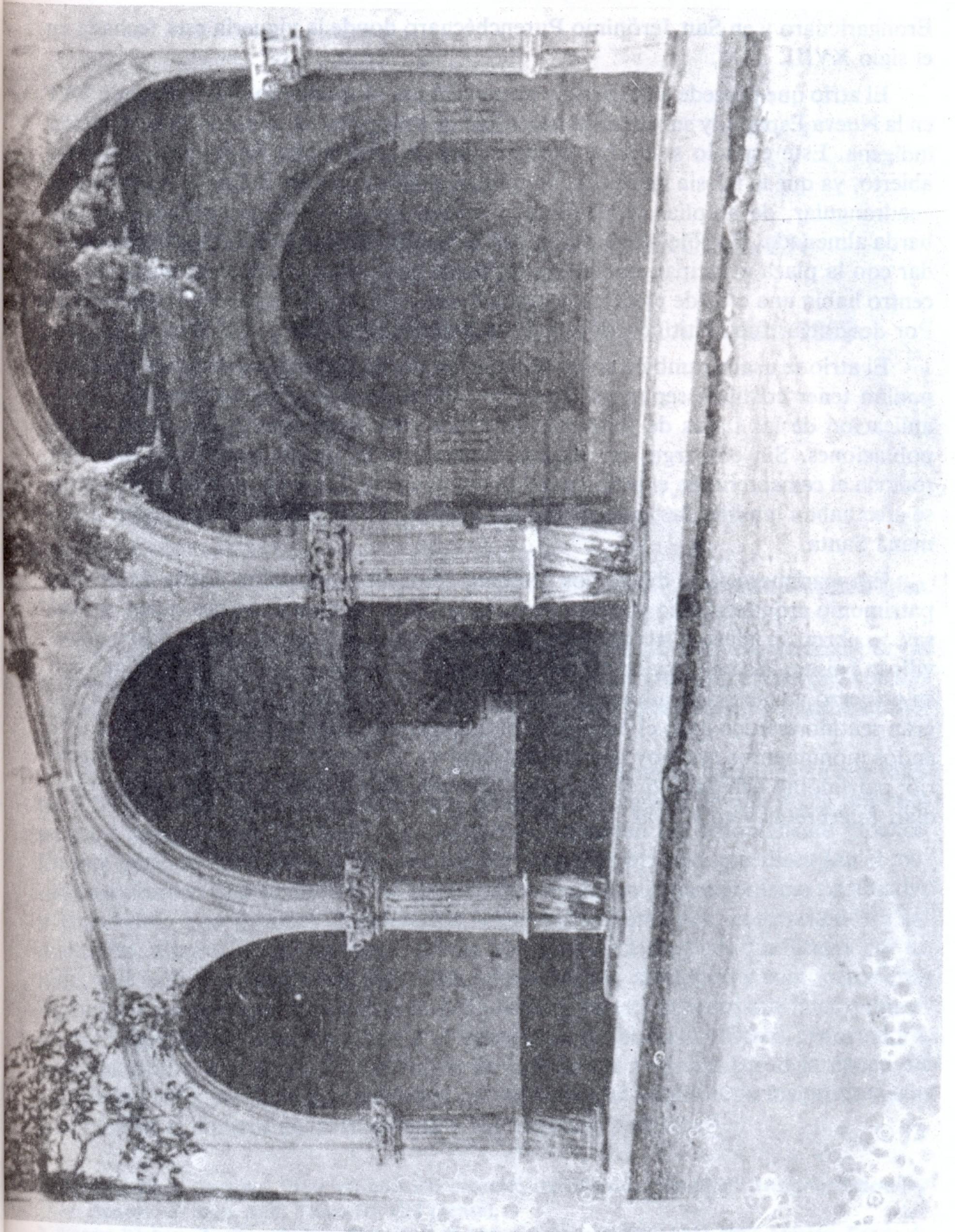
La capilla abierta, junto al ingreso al convento, sirvió en el siglo XVI para la celebración de la misa ante los fieles congregados en el atrio, antes de la construcción de la iglesia, y quizá aún después en casos de sesiones multitudinarias. Frente a la capilla abierta se halla la portería con una arquería de elegantes proporciones renacentistas con reminiscencias góticas como las molduras de los arcos y los capiteles de las columnas, con cabezas de carnero en los ángulos.

Hay que hacer notar la excelente calidad del tallado de la piedra y las proporciones de los elementos integrantes de la fachada, detalles que nos hablan mucho de la importancia de la población y de la experiencia y preparación de los arquitectos y canteros que trabajaron en ella. La composición de la portada de la iglesia tuvo un carácter determinante pues se repitió posteriormente en varias comunidades ribereñas.

El interior de la iglesia está dividido en dos partes mediante un arco, denominado "arco triunfal", que comúnmente aparece en la arquitectura del siglo XVI, el cual separa el espacio donde oficia el sacerdote, (el presbiterio, el lugar más sagrado) del resto de la nave, donde se reúnen los fieles. Este tipo de arco dejó de construirse en los siglos siguientes; aquí afortunadamente se ha conservado como testimonio histórico del simbolismo religioso cristiano de la época.

La viguería de la cubierta es también un elemento digno de notarse, puesto que la mayoría de las iglesias de entonces se techaron con bóveda. Aquí, gracias a la abundancia de bosques se cubrió mediante una viguería de indudable filiación árabe, que constituye una obra artística de gran calidad, por cuanto a las molduras y ornamentaciones que ostenta en los canes laterales sustentantes, siendo uno de los casos contados de techumbres de madera que se conservan en la región, pues en el siglo pasado se sustituyó este tipo de cubierta por bóvedas de madera, excepto en

16. *Historia del Arte Salvat*. T. VII, Barcelona, Salvat Editores, 1976, p. 103-109; Antonio Toussaint. *El plateresco en la Nueva España*, (2a. Ed.) México, Ed. Innovación, 1979, p. 27, 39, 55 y 69.



Portería y capilla abierta.

Verónica Bárbara A. Tomassini, *Arquitectura en el Valle de los Ríos*,
Colección Económica, 1985.

Erongarícuaro y en San Jerónimo Purenchécuaro donde la viguería está fechada en el siglo XVIII.

El atrio que precede a la iglesia y al convento es un elemento típico del siglo XVI en la Nueva España, y surgió de la necesidad de evangelizar a la numerosa población indígena. Este espacio se usaba también para la celebración de la misa, a campo abierto, ya que la iglesia no se concluyó hasta el último cuarto del siglo. Su forma es cuadrangular, de amplias dimensiones y estaba en un principio limitado por una barda almenada. Posiblemente, hubo una reducción del espacio, el cual debió colindar con la plaza principal, quedando separado hoy por algunas construcciones. Al centro había una cruz de piedra con grabados en relieve de los símbolos pasionarios. Por desgracia, fue sustituida por una cruz moderna de hierro.

El atrio se usaba también como cementerio siendo el único lugar donde los fieles podían tener cristiana sepultura, hasta mediados del siglo pasado, cuando con la aplicación de las Leyes de Reforma, se crearon los panteones civiles fuera de las poblaciones. Sin embargo, en algunos lugares de la región lacustre se conserva todavía el cementerio en el atrio de la iglesia, como en Tócuaro. Alrededor del atrio se efectuaban también las procesiones del Jueves de Corpus o el Viacrucis en la Semana Santa.

Erongarícuaro, hoy día se nos presenta como una población dueña de un rico patrimonio arquitectónico y urbano, que ha quedado plasmado en sus calles, sus casas, su plaza, su iglesia y su convento, todo ello enmarcado en un espléndido y maravilloso paisaje. Es una lección viva de la historia regional, de sus habitantes que con su esfuerzo y trabajo levantaron los muros y transformaron la piedra informe con gran sentido estético bajo el influjo de los misioneros franciscanos hasta convertirla en los monumentos que hoy nos impresionan y nos transmiten su mensaje centenario; patrimonio heredado que todos nosotros tenemos la obligación de recibir, estudiar, interpretar y conservar.